

## *Mi infancia entre raíles de Chely Ar*

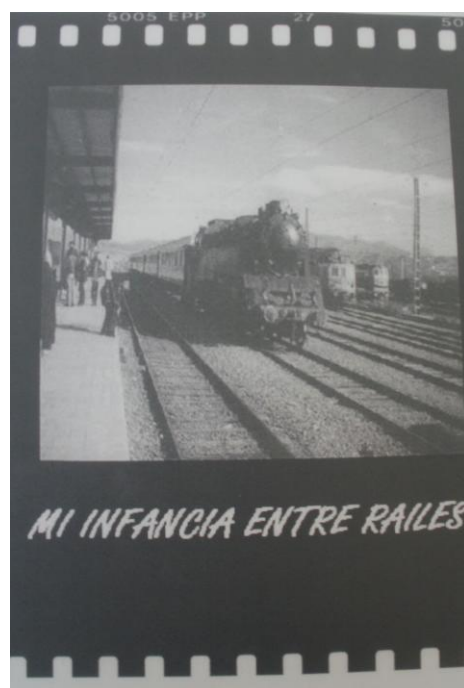
Chely Ar

*Mi infancia entre raíles*, Poesía de la memoria viajera

Málaga, 2015

Alberto Torés García

Sin duda, la aparición del ferrocarril cambió la configuración de nuestro mundo, tanto que se incrustó en páginas literarias. No son pocos los poemarios que tienen como telón de fondo la admiración de la velocidad representada por la locomotora, la comunicación, la aventura en sus vagones. Pienso en la obra magistral de Blaise Cendrars *La Prosa del transiberiano y de la pequeña Jehanne de Francia*. Pero ahí quedan los escritos de la Generación del 98, el acercamiento de las vanguardias, las odas de Pablo Neruda o de Antonio Machado.



Por consiguiente, la presencia del ferrocarril tan explícita como implícita en todos los ámbitos del arte desde la pintura hasta la fotografía, pasando por el cine, la escultura y la poesía han tenido no sólo un grado de incidencia sobresaliente sino una repercusión fuera de toda duda en unas novedosas formas expresivas. Desde luego, la irrupción de la locomotora de vapor en el paisaje natural ha llevado consigo, al margen de defensores y detractores, una abstracción del arte, que logra su apogeo con los ismos. El tren en sí mismo es una metáfora tan esencial como prolífica, nos lleva a la aventura, los enigmas, nuevos espacios, estaciones donde suben y bajan todo tipo de naturaleza humana, de sentidos, humos impresionistas, la configuración de la

sociedad de consumo en un doble sentido de maquinización de la humanidad y humanización de la máquina. En efecto, representa la modernidad, lo nuevo y en palabras de Ramón Gómez de la Serna, “el deber de lo nuevo es el principal deber de todo artista creador”.

Chely Ar, poeta, narradora, directora del Círculo Mundial de Escritores e Intelectuales, organizadora y promotora de eventos culturales nos entrega, en una edición de autor, un sentido homenaje a la figura paterna, titulado *Mi infancia entre raíles*, que no es sino una aplicación práctica de prosa poética, fijada en la patria de la poesía, es decir, la infancia. Chely Ar está consciente de ese horizonte que los trenes han creado y por tanto su voluntad no es tanto la de crear o recrear algo nuevo, sino realmente testimoniar pública y emocionalmente el amor a su padre, Guillermo Amador GARCÍA, poetizando desde un estilo tan natural como sugerente la historia de este peculiar ferroviario. Las relaciones de ternura y admiración hacia la figura paterna, las travesuras, inquietudes y sueños de una niña fascinada por muñecas e historias, los viajes, los recuerdos, las descripciones literarias del hogar de la familia, la enfermedad, la tristeza, la muerte. En definitiva, el despertar al mundo, a la vida por la vida y también por la literatura. Desde luego que es un pacto honesto y sincero con la autobiografía, pero en este recorrido le da sentido a su memoria, hoy una memoria viajera, y al mundo siempre ancho y ajeno. Por esta razón, no encontraremos el afán de extrañamiento, ni tonos desafiantes, ni pretensiones didácticas, sino como un intenso poema que escapa incluso a las formas métricas, buscando mostrar la coherencia del momento, los dos lados de una misma moneda, la tristeza y la alegría, el bien y el mal, la salud y la enfermedad, la ficción y la realidad que especialmente en este texto se unifican para mostrarnos la línea mágica de la mirada de la niña. Una mirada que irá cambiando con el paso del tiempo y sobre todo con los viajes en tren a Córdoba, Madrid, Alicante. Descubrirá unos nuevos paisajes y por consiguiente unas nuevas experiencias que la escritora, Chely Ar siempre propondrá un estilo casi narrativo, concreto, sencillo para lograr una imagen directa, precisa, evocadora, en buena lógica porque la relación causa/efecto se produce, ya que el afán de concisión y sencillez van a favorecer el cultivo de la imagen que

surgirán de esos trenes de la infancia. *Mi infancia entre raíles* lleva consigo una perspectiva ineludible, propia y enriquecedora presente en los conceptos de viaje y de tiempo, de memoria y constatación.

Particularmente, la imagen del tren es una recurrencia poética de primer orden que permite tantas metáforas como analogías de paradojas, antítesis, puntos de mira de una lado y otro del eje de coordenadas que recoge las grandes preocupaciones de la humanidad.

“Esta vez, al contrario de los otros viajes, no recuerdo bien cómo era el tren, pero sí recuerdo el momento de la bajada”.

En efecto, el padre de la autora tiene que pasar revisiones médicas y la preocupación de la chiquilla se centraba en la salud del padre. Va desgranando los recuerdos, sin embargo, cuando llega al Colegio de la Renfe en Alicante preocupada por lo que le esperaba, atraviesa una parque y no se acuerda que tipo de árboles había.

El tren va cosiendo las distancias. Me gustaría tirar de nuestro gran poeta Emilio Prados:

“La ventana abierta/Barba Azul se ha dormido./Pasa el tren de la Noche sobre/sus paralelas/dejando atrás cosida la puntada y/tejiendo delante tela nueva”.

También los silbidos de los trenes conforman quejidos, como Rafael Alberti :

“Hotel de azules perdidos, de párpados entornados, custodiados por los grillos, débilmente conmovido por los ayes de los trenes”.

Por el horizonte de los raíles, y entre los dos poetas citados, Chely Ar descubre estelas de humo, noches de viaje, ciudades infinitas, industriales, monumentales, todo un abanico de placeres percibidos por una mirada infantil que no tardó en hacerse adulta.